



Revista
de la
Asociación
de Alumnos
de Postgrado
de Filosofía

TALES

Número 2 – Año 2009
ISSN: 2172-2587

Actas
II Congreso de Jóvenes
Investigadores en
Filosofía

**Pensamiento
Poliédrico**

Madrid 28-30 de Octubre 2009

Revista de la Asociación de
Alumnos de Postgrado de Filosofía
TALES

Número 2 – Año 2009

ISSN: 2172-2587

Actas

II Congreso de Jóvenes Investigadores en Filosofía

Filosofía en el siglo XXI

Madrid 28-30 de Octubre 2009



Vicedecanato de Estudios y Convergencia Europea
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid



TALES

Asociación de Alumnos
de Postgrado de Filosofía
Universidad Complutense
de Madrid

Nietzsche, una filosofía de la vida y una vida para la filosofía

Raúl Hernández-Montaña Omenat
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Esta comunicación brinda la ocasión para analizar la concepción de vida en la obra de Nietzsche. Su afirmación del valor del presente que llevó a cabo en la segunda de las Consideraciones Intempestivas *Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida* de 1874 inaugura una nueva propuesta filosófica para el futuro; sin embargo, el significado de esta afirmación permanece como una cuestión aún abierta. Abordaremos el valor de la vida, por medio del minucioso diagnóstico cultural que Nietzsche llevó a cabo con su época, desde los diversos sentidos que este concepto presenta: metafísica, ética, política, estética y científica. Contra el historicismo del presente, Nietzsche no puede más que afirmar el valor de la vida.

Palabras claves

Friedrich Nietzsche, Vida, Presente, Historicismo

Abstract

This exposition gives us the opportunity to analyze the concept of life in Nietzsche's work. His affirmation about the value of the present, in the second of the Inconvenient Considerations *The Use and Abuse of History for Life* in 1874, starts a new philosophical proposal for the future. However, the meaning of this statement is still an open question. We will state the value of life through the meticulous cultural diagnosis that Nietzsche carried out in his time, considering the different aspects of this concept: metaphysical, ethical, political, aesthetic and scientific. Against the present historicism, Nietzsche can only affirm the *value of life*.

Keywords

Friedrich Nietzsche, Life, Present, Historicism

La vida de Friedrich Nietzsche se encuentra marcada por una notable tensión entre una persona que vive acompañada desde muy joven por la enfermedad y que, en contraposición, exalta las virtudes del vitalismo en su reflexión filosófica.

Evidentemente afirmar que Nietzsche dedicó su vida a la filosofía no es ninguna novedad, pues bastaría con acercarse a cualquiera de las múltiples referencias bibliográficas que recogen su biografía para comprobar su enorme actividad filosófica. Sin embargo, explorar las cualidades del vitalismo nietzscheano se presenta como una tarea más sugerente para nuestra investigación.

Desde sus primeras obras, Nietzsche se caracteriza por una inclinación hacia el estudio del Ser humano en base a “una reflexión filosófica sobre las ciencias humanas [...] es decir, sobre, la historiografía y el saber que el hombre tiene de sí mismo”¹. Será concretamente en la segunda de las Consideraciones Intempestivas, que lleva por título *Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida*, publicada en el mes de Febrero de 1874 donde Nietzsche comience a mostrar las claves de su hallazgo: el valor del presente. Sin embargo, el significado de esta afirmación permanece como una cuestión aún abierta. Se trata de un asunto que deberá ser abordado desde el nuevo concepto de Genealogía nietzscheano que se encargaría de luchar: a] contra el fundamento y b] contra la indiferencia hacia el origen mismo de los valores². En este sentido, la Genealogía se va a ocupar de retornar el valor de los instintos y los sentimientos a la vida, en otras palabras, se trata de la tarea de introducir el devenir mismo en la vida, porque es aquí donde se encuentra el acontecer de la historia; contrariamente, por tanto, de una historia que cataloga su origen mismo en la verdad³, inaugurando la “Historia de un error”, la Historia de la metafísica.

Bajo mi punto de vista, Nietzsche sería el artífice de una novedosa forma de pensar y, por tanto, el precursor de una nueva propuesta filosófica para el futuro, al ser consciente de las necesidades que exigía la época que le había tocado vivir. Su enfrentamiento con el pasado no tiene otra intención que presentarnos un programa, un ideal, una voluntad de futuro que supere la crisis cultural occidental; pero no se trata de un futuro utópico, sino más bien de un futuro amanecer del nihilismo.

El contexto histórico en el que se enmarca tal hallazgo cultural nietzscheano se encuentra marcado por un desarrollo creciente de la economía vinculado al avance del positivismo y a una fe ciega en el progreso científico, que hacen que Nietzsche rápidamente prestara atención a estas cuestiones que eran motivo de alarde en lo relativo a la buena salud que gozaba la cultura del siglo XIX.

¹ Vattimo, G., *Introducción a Nietzsche*, Barcelona, Península, 1987, p.15.

² Nietzsche, F., *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, pp. 36-38.

³ Foucault, M., *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*, Valencia, Pretextos, 2004.

Serán las Intempestivas -como ya hemos apuntado- el lugar idóneo donde Nietzsche trata de dar respuesta a toda esa serie de problemas no cuestionados aún, que estaban generando un vacío de valores en la sociedad alemana. En concreto, una de sus luchas más fervientes será contra el filisteísmo reinante, como aquél capaz de ser juez supremo de los problemas culturales y el progreso espiritual de toda una comunidad.

¿Acaso Nietzsche es el precursor de un diagnóstico reflexivo acerca de la cultura de su época? La lectura de Michel Foucault⁴ de la obra de Kant pone de relieve perfectamente la suma importancia que cobra el pensador reflexivo a la hora de diagnosticar el presente en el que se encuentra inmerso que, como si de un médico ante su paciente se tratase, ha de extraer una serie de conclusiones eficaces al unísono con la época histórica en la que se encuentra inmerso. En esta empresa, según Foucault, Kant sería el pionero en efectuar tal diagnóstico, esto es, un diagnóstico cultural en su obra *Was ist Aufklärung?*, escrita en 1784; y que Nietzsche retomará en gran parte de su obra, especialmente en su texto ya citado de 1874.

El diagnóstico cultural que confecciona Nietzsche es muy similar a aquél que efectúa el médico ante su paciente. La enfermedad –tal y cómo nos señala el propio Foucault en un coloquio médico de 1966- no transmitiría mensajes, sino que produce ruidos; por tanto, para entender tales sonidos desordenados precisaremos de ciertos códigos que nos den las claves necesarias para poder extraer el mensaje que contienen dichos ruidos. De cualquier modo, el médico no puede esperar a la finalización de dicho ruido, pues se trataría de la curación –en el mejor de los casos- o la muerte de su paciente si no actúa de inmediato, en el acto. Debe diagnosticar la enfermedad y dar con las claves de su curación en un mismo proceso⁵. Paralelamente al médico se encontraría el filósofo, como “médico de la cultura”, en su tarea de diagnosticar el presente –mostrando las heridas, más que curarlas-: que trataría de conocer la cultura que le rodea, analizando los valores de la época e intentando extraer el origen de los mismos. Se trataría, según lo ha catalogado Mariapaola Fimiani, de una “mirada médica”⁶.

“¿Dónde están los médicos de la humanidad moderna, unos médicos tan fuertes y sanos sobre sus propios pies como para sostener y llevar de la mano a otros?”⁷ Esta afirmación nietzscheana nos recuerda el proyecto kantiano en su más alta expresión. Si intercambiásemos la palabra “médico” por la de “ilustrado” estaríamos hablando de aquellos hombres, como afirmaba Kant, que habrían sido auto-responsables del abandono de su “minoría de edad” y que estarían en disposición de guiar hacia esa meta a todos los demás. Retomando el antecedente kantiano, Nietzsche se propone exhibir, ante los ojos de la

⁴ Foucault, M., "Seminario sobre el texto de Kant: Was ist Aufklärung?", *Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 55-56.

⁵ Foucault, M., "Concours médical", *Dits et écrits*, París, Éditions Gallimard, 1994. Vol. I, pp. 558-559.

⁶ Fimiani, M., *Foucault y Kant*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2005.

⁷ Nietzsche, F., *Schopenhauer como educador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, II.

actualidad, que el “historicismo” no es más que una enfermedad, un brote de aturdimiento en la sociedad del siglo XIX, que pone en entredicho al hombre moderno con un mundo “interior” caótico, en contraste con su “exterior”, recubierto por completo de saber historicista. De este modo, Nietzsche no va más allá de ser un simple espejo de una época “afectada de una enfermedad deformadora, como palidez y flaqueza [...]”⁸.

El diagnóstico cultural que efectúa Nietzsche centraría sus miras fundamentalmente en el sentido histórico -como virtud hipertrofiada-, como aquella causa evidente de la decadencia cultural que vive Alemania. Con este desplazamiento se desliga definitivamente la Filosofía de la historia después de Hegel, la denominada “marcha de Dios sobre la tierra”⁹, de lo que Nietzsche está caracterizando como Filosofía de la vida. El concepto de “utilidad para la vida” se mostraría como un criterio que nos permite juzgar la racionalidad del decurso histórico del Ser humano que afirmaban todas las filosofías de la historia hasta Hegel.

“Me es odioso –nos dice Nietzsche- todo lo que tan sólo me instruye sin acrecentar o vivificar [*beleben*] en forma inmediata mi actividad”. En este aspecto, la figura del educador se presenta imprescindible para combatir esa actitud intelectual que tiende a legitimar y conserva lo ya dado cuando la vida carece de impulsos creadores. Se trata de un “saber cultural” que, a ojos de Nietzsche, en todo caso debe ir siempre detrás del conocimiento mismo de la vida. “Únicamente de la vida puede crecer y brotar la cultura, mientras que, entre los alemanes, se trata a ésta como una vulgar flor de papel, o se la recubre de azúcar convirtiéndola en mentirosa y estéril”¹⁰. Sin duda, la aceptación de la vida conlleva dolor y sufrimiento, que es parte integrante de la vida misma, y esto requiere una cierta “voluntad” de lucha contra los valores históricamente dominantes. En otras palabras, es necesario eliminar todo residuo “platonizante” de la historia y de la cultura.

En este sentido, la crítica de Nietzsche hacia la educación del siglo XIX discurrirá por estos derroteros, apostillando el rico y “glamoroso” mundo interior del joven histórico de este siglo, contrarrestado por una “personalidad débil” que impide que tales conocimientos enciclopédicos tengan su directa correspondencia con el exterior de cada uno de ellos. En última instancia, la filosofía nietzscheana no es más que una encrucijada en el camino del hombre europeo del siglo XIX en su crítica total a la cultura.

Reivindicar la vida como un derecho que debe permanecer ante cualquier tipo de acometida contra su existencia y contra su integridad es uno de los puntos capitales de las Intempestivas. En la segunda de las Intempestivas el vitalismo nietzscheano es notoriamente evidente.

⁸ *Ibid.*, III.

⁹ Nietzsche, F., *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 111.

¹⁰ Nietzsche, F., *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, op. cit., p. 131.

A ojos de Nietzsche los alemanes de su época serían “gente sin formación”, incluso “incapacitados para la vida, para el ver y el oír justo y sencillo”. En medio de tal ausencia de cultura debida, en el fondo, al impedimento que supone la educación que impera en el moderno Estado alemán, la “primera generación” que surja en un futuro a raíz de nuestro diagnóstico cultural será educada conforme a una única “verdad necesaria”, a saber, su total ausencia de cultura y la miseria interior que les aqueja, y que les impide restaurar el verdadero espíritu de la ilustración. Esta generación incipiente será la que sufra en carnes propias el dolor que supone desprenderse de viejas costumbres y trate de educarse a sí misma ajena a la enfermedad que aquejaba a generaciones anteriores: su exceso de historicismo. En este punto, el paralelismo con la tarea kantiana acerca de la *Aufklärung* se presenta inevitable. Acometida la primera tarea, el trabajo se hace más arduo y pesado, pues cada individuo, en su propia individualidad, ha de ser capaz de reconocer tal ausencia debida, en buena medida, a ese abismo que media entre su “interior” y su “exterior”, al que hemos caracterizado por “personalidad débil”, y que le impide retornar al espíritu ilustrado del *sapere aude*.

Pues bien, aquello que se opondrá al historicismo será el valor del presente. Ontológicamente estamos hablando de la vida, el instante. La intención de Nietzsche en esta Intempestiva nos lleva a considerar el posible valor o, en su defecto, la irrevocable inutilidad que posee la Historia para la vida. Indudablemente la historia, junto a la capacidad de recordar, permite distinguir al Ser humano del animal; pero también la historia puede ser perjudicial para el Ser humano, en la medida en que es el olvido y no precisamente el recuerdo la condición necesaria de la vida. La utilidad nietzscheana hace referencia al rechazo que produce la historia como mera superficialidad de conocimiento que no impulsa la actividad, sino que simplemente se posee como un simple artículo de lujo, como un mero recuerdo que acrecienta mi saber, pero no habilita mi acción y que acaba por convertirse en “sepulturero del presente”. En este aspecto se presenta una primacía de lo *ahistórico* sobre lo histórico.

Frente a todo flujo del devenir es indispensable reafirmar la vida, el instante; sin embargo, el programa cultural del presente –en aras de un futuro venidero– se marchita paulatinamente y cae en el olvido. ¿Cuál sería el antídoto ante tal veneno que se habría instalado en el interior mismo del hombre moderno que se denomina historicismo? La juventud o jovialidad, como la vela que alumbró y marca el paso ante la oscuridad que produce el saber histórico en el alemán del siglo XIX. Sin embargo, no caigamos en el error de creer que el ahistoricismo nietzscheano es absoluto, también el historicismo es necesario a la vida fundamentalmente en tres aspectos: 1] dado que la vida es “actividad”, se trataría de acrecentar tal actividad reconociendo que se han hecho grandes logros a lo largo de la Historia

y que la posibilidad de continuar ampliándolos sigue vigente; 2] dado que la vida trata de cuidar de sí misma, la Historia es necesaria a la vida, pero sin que se convierta en mero objeto de museo; y 3] dado que la vida se juzga a sí misma, la Historia le otorga tal posibilidad y además la libera del pasado para poder vivir el presente. Estos tres puntos son considerados por Nietzsche como los tres subtipos de Historia: 1] monumental; 2] anticuario, y 3] crítico.

Se trataría, definitivamente, de una combinación entre lo ahistórico y lo histórico, entre el horizonte propio de cada individuo donde se desarrolla su instante vital, por un lado, y su integración en otro horizonte sin que por ello se supere su propio instante vital, por otro. “Confío así en que la juventud me haya guiado correctamente al obligarme a protestar contra la educación histórica de la juventud del hombre moderno y a sostener la tesis de que el hombre debe aprender, sobre todo, a vivir y utilizar la historia únicamente al servicio de la vida aprendida”¹¹. Éste es, a la luz de la tesis nietzscheana, el principio mismo de la “vivificación”. *Memento vivere contra memento mori*.

La batalla nietzscheana no se va a centrar exclusivamente en impugnar los desarrollos historicistas, sino también en todo aquello que hay de "envenenador en la vida", en esa vida carente de vitalidad y enferma de los "mecanismos deshumanizados" que ha generado la ciencia como conocimiento inerte. Sin embargo, Nietzsche no niega la ciencia de manera gratuita, ni afirma la vida por encima de todo, sino que busca la conjunción de ambas de una manera lo más armónicamente posible.

El hombre moderno se oculta bajo un sinnúmero de máscaras –recurriendo a Gianni Vattimo¹²– como la del hombre culto, como sabio, como poeta, o incluso como político, que no los convierten en ilustrados, sino en “personalidades útiles al Estado”; sin embargo, tales máscaras no impiden que el hombre se vuelva cada vez más inseguro de sí mismo. El hombre moderno se desvincula por completo de todos los instintos. Se hunde en su interioridad, en su ensimismamiento, dejando de lado todo rastro de su exterioridad y convirtiéndose en un “ser útil para algo”, acomodado en su personalidad. No hay ya personalidades libres, esto es, "verídicas consigo mismas y con los demás, tanto en la palabra como en los hechos"¹³. Únicamente en virtud de tal veracidad, que debe prevalecer en cualquier tipo de personalidad, se pondrá en tela de juicio la crítica nietzscheana a la indigencia en la que se encuentra el interior del hombre moderno. Sólo en este supuesto podrían, el arte y la religión –como lo “suprahistórico”, pues confieren a la vida un rasgo de eternidad– ser verdaderamente ayudas para la época moderna convirtiendo a los individuos en “verdaderos individuos” e inauguren la conocida “filosofía del amanecer” nietzscheana.

¹¹ *Ibid.*, p. 130.

¹² Vattimo, G., *El sujeto y la máscara*, Barcelona, Ediciones Península, 2003.

¹³ Nietzsche, F., *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, op. cit., p. 79.

La pregunta que subyace a todas estas ideas y que Nietzsche se plantea en torno a la identidad del hombre moderno es mucho más que provocativa: “¿son éstos aún hombres, o acaso máquinas de pensar, escribir y hablar?”¹⁴. El desafío nietzscheano es bastante evidente, pero lo únicamente cierto es que serían hombres que han dejado de confiar en sí mismos y tratan de buscar en la historia las respuestas a sus sentimientos, afianzando con ello el abismo entre su contenido y su forma. Ésta es, según diagnostica Nietzsche, “la propiedad más característica del hombre moderno”. Atiborrados de conocimientos, artes, religiones, filosofías antiguas, etc., el hombre moderno “reposa tranquilamente al sol -como si de una serpiente después de haberse tragado conejos enteros se tratara- y evita cualquier tipo de movimiento salvo el estrictamente necesario”¹⁵. Esta imagen se presenta sumamente descriptiva para expresar esa sensación de comodidad y conformismo que reina en ellos. Su formación cultural ha generado un mundo interior que no se corresponde en nada con el mundo exterior, que ya nada le impulsa a un afuera, ya nada le impulsa a la acción, sino que permanece en el interior del propio individuo llegando a convertirse en auténticas “enciclopedias ambulantes”.

¿A qué es debida tal apelación a la Historia por parte de Nietzsche? Es, ni más ni menos, que una “necesidad” propia de todo individuo y de todo pueblo con vistas a lograr sus fines en el presente, además de satisfacer sus necesidades, en vistas a un futuro porvenir. Sin embargo, esta necesidad puede, como de hecho ha sucedido, generar un afán insaciable de conocimiento –un eterno afán de novedades- en búsqueda de la verdad dañando todo lo vivo que pueda encontrarse en el hombre, junto a un interés desorbitado por lo novedoso. Estaríamos hablando de un exceso de “cultería”¹⁶ [*Gebildetheit*] lo que estaría socavando la vida del hombre moderno, generándole esa “personalidad débil”. Débil de personalidad y débil de jovialidad.

Además, un segundo aspecto que resalta Nietzsche como símbolo inconfundible de este exceso de saber histórico que, en cierta medida, destruye la vitalidad, sería el carácter arrollador de supremacía de poder del hombre moderno en relación a los hombres del pasado. Este poder permitiría alcanzar una virtud propia de dioses sobre la Tierra, la virtud de ser justos. Justos consigo mismos y justos con el pasado. Se presenta aquí una especie de *übermensch*, capaz de juzgar el pasado desde su punto de vista privilegiado en la Historia –tal y cómo habría actuado Hegel-, que repugna por completo a Nietzsche y que los compara con unos “gélidos demonios del conocimiento”. Sin embargo, muy pocos serían los que verdaderamente estarían preparados para llevar a cabo tan complicada misión de poder

¹⁴ *Ibid.*, p. 80.

¹⁵ *Ibid.*, p. 69.

¹⁶ Traducción del término que, siguiendo a Quevedo, ya utilizara Andrés Sánchez Pascual en: Nietzsche, F., *Consideraciones intempestivas*, Madrid, Alianza, 1988, p. 27.

observar desde un punto privilegiado fuera de este mundo. Tan sólo los justos, no simplemente de voluntad, sino también los que poseen la fuerza de serlo, pues ambas aptitudes serían condiciones indispensables para todo hombre justo. En base a esta cualidad, intrínseca a determinados hombres modernos, se puede hacer frente a opiniones y acciones acaecidas en el pasado; y lo que es aún más sorprendente: ser completamente objetivos frente a ellas, es decir, podrían afirmar clara y rotundamente que el presente actual es el canon que marcaría la auténtica verdad frente al pasado. Para Nietzsche, esta idea no deja de ser una auténtica aberración y falta de respeto absoluto hacia lo acaecido. ¿Dónde están esos hombres justos? No existen; pero entonces, ¿quién puede realmente ser un auténtico historiador que, por medio de su saber, estaría capacitado para emprender la tediosa tarea de juzgar el pasado?, ¿quién puede realmente afirmarse como buen historiador? El hombre experimentado y reflexivo, esto es, el que escribe la Historia y es capaz de comprender el presente, además de construir el futuro, pues “sólo aquel que construye el porvenir tiene derecho a juzgar el pasado”¹⁷

¹⁷ Nietzsche, F., *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*, op. cit., p. 67.